

# LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## PARIS Y ROMA.

Coincidencia singular, que no habían visto hasta aquí los siglos, ni acaso volverán á ver en su carrera! Dos ciudades, tan opuestas en su carácter y en sus destinos y en las hostilidades y simpatías de que son objeto, corren á la vez una misma suerte: la capital de la civilización moderna y la de las antiguas tradiciones, la de la novedad inquieta y la de la fé invariable, la de la revolución y la de la autoridad, la del mundo y la de Dios, amenazadas, sitiadas á un tiempo por enemigos bien diferentes, y próximas á sufrir la ley del vencedor! El peligro de una sola de ellas sería ya un fenómeno, no del todo nuevo, es verdad, pero gravísimo y asombroso, pues entrambas por muy diversos títulos son consideradas como inviolables, y mas que á nación determinada pertenecen en cierto modo á la humanidad; mas al fin se esplicaría por la derrota del respectivo elemento que representan y por la preponderancia del adverso. Ahora empero su apuro simultáneo, la invasión recíproca de su dominio, demuestra tal lucha de encontradas fuerzas y corrientes, un caos, una confusión tal, que es difícil predecir en el orden de los hechos á qué lado se inclinará la victoria y si será reorganizador ó desorganizador el resultado de esta penosa crisis.

Los dos acontecimientos se hallan entre sí íntimamente relacionados, mas no por identi-

dad de causa ni por analogía de aspiraciones. Ni los prusianos van con el intento de vengar en Paris las inquietudes sembradas por Napoleon y los atentados por él mal reprimidos contra la santa sede, ni los italianos se mueven contra el papa por gratitud al vendido emperador ni en odio de la Prusia. Y sin embargo puede asegurarse que sin la desacertada política imperial en Italia y en Alemania hoy no estaría sitiada Paris, y que sin la retirada de las armas francesas y aun sin la caída completa de Bonaparte, no se hubieran atrevido las *bravas* huestes del Piamontés á presentarse delante de Roma. La revolución está inmejorablemente representada en esa potencia rastroera y usurpadora, y no cabe de ella expresión mas genuína por lo repugnante: pero el improvisado coloso del norte está muy distante de representar el derecho; es la ambición, la prepotencia, el espíritu de conquista, la iniquidad antigua apoyada en la fuerza enfrente de la moderna iniquidad erigida en principio; muévase, no como esta en contra, sino fuera del orden religioso. No obstante tiene, acaso sin saberlo, una significación mas alta, la de instrumento de la divina providencia, la de azote de su justicia cuando no sea el reparador designado por su misericordia.

No sabemos aun lo que sucederá en Paris ni siquiera lo que ha sucedido en Roma, cuya catástrofe será mas pronta, si no está ya consumada segun suponen las últimas noticias;



pero los contrastes que entre una y otra se demuestran dán lugar á interesantes comparaciones. El primer descalabro del ejército difundió en la capital de Francia la consternación y el tumulto, y produjo la destitución militar del emperador antes ya que la civil; y años hace que la metrópoli del catolicismo aguarda serena día por día al invasor, y que los clubs revolucionarios y las intrigas diplomáticas han sido impotentes para hacer brotar en su recinto una centella que diese á los de fuera la señal de la acometida. La conservación del imperio cuesta ríos de sangre, y mas acaso vá á costar su hundimiento; mientras el pontífice contiene el brío de sus caballerescos defensores, se niega á aceptar los seguros asilos que se le ofrecen, y vá á sentarse como los antiguos senadores en la silla curul aguardando impasible la llegada de los insolentes bárbaros. La ruina del poder sancionado por el sufragio universal, base del novísimo derecho, disuelve la nación, comprometiendo hasta su unidad en medio del mayor conflicto; y la prision ó el destierro del supremo jefe, cuya autoridad se anunciaba próxima á estrellarse en la resistencia universal desde el punto en que se la proclamara infalible, no bastará á debilitar en un ápice las esperanzas del orbe católico, no solo en la perpetuidad de su reino espiritual divinamente prometida, sino aun en la conservación de este dominio temporal que á girones se le arranca.

Hay todavía otro contraste ¿por qué no decirlo? harto afflictivo por la degradación que en nuestra Europa arguye y por los castigos con que la amenaza. Riñen dos naciones, no ya dos gobiernos, y se lanzan una sobre otra con ciega furia, y combaten con fuerzas iguales no por su independencia sino por la supremacía; y la prensa clama, y la opinion se estremece, y la diplomacia se agita para que se ponga coto á tamaño encarnizamiento: pero el fuerte oprime al débil, échase sobre su presa el usurpador, rómpense los mas solemnes tratados, invádense en plena paz las fronteras, concúlcase la bandera, no diré ya del catolicismo, sino de la propiedad y de la jus-

ticia guardada por un inerme anciano; y nadie se interpone, nadie protesta, nadie siquiera para mientes en ello. Escítanse las alarmas, deplóranse en perspectiva las pérdidas de la ciudad *sagrada*, de la ciudad *universal*, del emporio de las *artes* y de los *monumentos*... ¿quién no creeria que se habla de Roma á quien solo convienen estos dictados? pero no, se plañe por los dijes, frivolidades y oropeles de Paris, que amenazan los graves prusianos y aun mas sus propios defensores; las romanas grandezas pueden sin lástima y sin miramiento abandonarse al desecho de las naciones. No importa; llorad sobre Paris mas bien que sobre Roma, porque á pesar de todas las probabilidades y esfuerzos humanos aquella se hundirá mas bajo que esta y tardará mas en levantarse.

Que pudieran venir sobre la capital de la Iglesia *días de ansiedad y hasta de desolación* no lo desconocí tres semanas hace (\*) en medio del admirable sosiego de que excepcionalmente gozaba. De milagroso lo calificué, no acertando á ver recurso humano por el cual pudiera naturalmente explicarse; y confieso que olvidé uno... el miedo de los italianos. Por muy abatido que vieran á su aliado que habia impuesto aquella veda á su codicia, por mas que le vieran acorralado en Metz, en Rheims, en Sedan, mientras se mantuvo en pié de cualquier modo, no osaron faltarle al empeñado compromiso; el miedo suplía por la fidelidad de la palabra, al tenor de aquella providencial compensación que en los hombres como en los animales suele juntar la cobardía con la traición á fin de neutralizarla. Dábamos ya por moralmente muerto á Napoleon, cuando ellos aun le recelaban vivo, y ha sido menester que olfatearan el cadáver antes de saltar la barrera que les habia señalado. Al menos las hordas garibaldinas supieron arrosstrar la prohibición imperial y encontrar muchos la muerte en Mentana; mas los soldados de Víctor Manuel aguardan á herir de seguro y á que se les abra llano y sin resistencia el camino de su vergonzosa conquista. *Bandido*

(\*) Pág 211 en el art. *Instrumentos de la Providencia*.



*coronado* se le llamó años atrás: yo no sé lo que son en Italia los bandidos, pero los nuestros españoles aseguro que se ofenderían del paralelo.

¿Le saldrá mejor la cuenta al menguado rey en atacar á Roma, de lo que le ha salido al poderoso emperador en abandonarla? Al fin este, aunque primer autor de los males, en parte los contuvo; al fin no se aprovechó sino muy indirectamente de los despojos; al fin mereció constantemente de Pio IX, no lo olvidemos, de Pio IX incapaz de contemporizar con la infamia y de doblar la cabeza ante la iniquidad triunfante, palabras y muestras de consideración y aun de gratitud; al fin creyó poder garantizarle, y en esto al parecer no se equivocó, la eficacia de su protección aunque sin armas y desde lejos: y sin embargo ha caído, y de un modo tan súbito é inesperado, que todo el mundo levanta los ojos arriba en busca de la causa. *Si hæc fiunt in ligno viridi jin arido quid fiet?* En vano se arrastrará ante el victorioso prusiano el flexible piemontés, buscando en él un nuevo patrono como ya otras veces lo intentó para dar celos al antiguo; siempre verá Guillermo en el reino de Italia una hijuela del imperio napoleónico, y unida á la odiosidad de su origen la de su versátil fé y de su reciente ingratitud. En vano ahagará el explotador de Garibaldi á la revolución que le empuja ácia el Capitolio para precipitarle desde la roca Tarpeya: bien lo presiente el infeliz, y acaso no es ya la ambición, sino su fatal entrego al poder tenebroso al cual está vendido, lo que le lleva á su postrer campaña. En Roma no prueban los reyes, y para César es pequeña su talla; de las zanjas abiertas para cimentar allí su trono, brotará pavorosa la república estendiéndose por la península, hasta envolver en las vertientes de los Alpes el heredado reino con que no se quiso contentar. La república, ó mejor dicho la anarquía, pasará á su vez; y Roma, así como fué hasta aquí un oasis de orden en medio de la licencia, acaso sea nuevamente á la sombra del papa y en medio de la opresión estrangera un oasis de libertad. Y si Dios en sus inescrutables juicios permite que dure por largo

tiempo abatida, será lo que le plazca, antro demagógico ó esclava de un tirano, yermo campo ó guarida de fieras, todo menos corte de un Víctor Manuel. Dios la dispensará de semejante humillación.

En cuanto á la Italia, una ó dividida, monárquica ó republicana, bajo príncipes naturales ó extranjeros, no hará mas que cambiar de servidumbre; el servilismo está en su carácter y no en las instituciones. El pueblo italiano es el judío de la nueva ley, el predilecto de Dios, el llamado á la participación de los altos destinos de la Iglesia, el murmurador, el desagradecido, el que crucifica al vicario de Cristo como el otro al Hijo de Dios. Al pontificado lo debe todo, su emancipación de los bárbaros y del imperio de Oriente, la formación de muchos de sus estados en la edad media, el esplendor de sus artes, el lustre de sus monumentos, gloria, fortuna, independencia cuanta en él cabe; y contra el pontificado maquina y se subleva hasta arrancárselo del seno como un clavo. *Da nobis regem*, clama como los hebreos á Samuel; *nolumus hunc regnare super nos*, como decían del Salvador. La misma indocilidad respecto del poder legítimo y paternal, la misma abyección respecto del opresor é intruso; ¿cómo no ha de ser una misma la suerte de los dos pueblos? Aparte de la dispersión, todos los infortunios del judío los vemos próximos á realizarse en el italiano: sin jefe, sin ley, sin gobierno, sin honra, nación lo será siempre (¿cuál lo es mas que la israelita?), pero potencia jamás. Y en su profunda degradación, todo el mundo le aplicará los dos crueles versos lanzados por el príncipe de sus poetas contra Grecia quizá con menos motivo (\*):

No te quejes si arrastras vil cadena,  
No es injuria del hado, es justa pena.

J. M. Q.

(\*) Or se tu sei vil serva, é il tuo servaggio,  
Non ti lagnar, giustizia e non oltraggio.



## UN ESCELENTE REFUERZO.

El distinguido autor de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás* que llamaron en 1864 la atención de los lectores serios aunque no en tan vasto círculo como el asunto y el desempeño merecían, el sabio religioso dominico P. Fr. Ceferino Gonzalez ha publicado recientemente un notable folleto acerca de *la definición de la infalibilidad pontificia* (\*). Dócil como católico y modesto como hombre de ciencia, no trata de someter á exámen los fundamentos de la verdad definida por el concilio, ni presume de ilustrarla y robustecerla con desconocidas razones ó autoridades. Su objeto se limita á breves consideraciones sobre la importancia de este dogma en el órden religioso, en el social y hasta en el político. Desde luego lo vindica de la acusacion de novedad, demostrando que este como los otros dogmas, recibido y confesado desde el principio por la creencia universal, se esclarece con la controversia, se afirma con la negacion y se vigoriza con el ataque, hasta que llegada la plenitud de la luz se formula y se proclama: los griegos cismáticos, los protestantes, los galicanos marcan los tres sistemas de impugnacion, las tres grandes crisis por que ha pasado y de las cuales ha salido victorioso, cada vez con mas fuerzas y con testimonios mas elocuentes é irrecusables. Recordando los antecedentes que llevaron inopinadamente hasta cierto punto dicha cuestion al concilio, siguiendo con rapidez las fases que su discusion ha presentado, soltando objeciones y entreviendo resultados, establece que la augusta declaracion, al traves de las pasiones de todo género empeñadas en oscurecerla, es una obra eminentemente providencial de utilidad, oportunidad y hasta necesidad relativa. «No es otra cosa en el fondo, dice, que la consagracion de la superioridad de la razon divina sobre la razon humana y la afirmacion solemne del principio de autoridad.» Y como los remedios corresponden á los males, examina las tres grandes llagas de la sociedad moderna, el *racionalismo* en lo intelectual, el *cesarismo* en lo político, el *sensualismo* en lo moral, ó sea avasallamiento del espíritu por la materia bajo todos conceptos, demostrando que el dique poderoso de estas malhadadas tendencias está en robustecer y vigorizar la accion bienhechora del supremo gefe espiritual.

(\*) 62 pág. in 4.º Madrid en la librería de Olamendi á 3 rs.

Si aventajado aparece como filósofo y publicista, ¿podiera mostrarse menos competente como teólogo el esclarecido alumno de Sto. Tomas y de Melchor Cano? Al primero defiende de las aserciones de Gratry, manifestando que sostuvo como doctrina propia y cierta la infalibilidad del papa, y no en un solo opúsculo sino en muchas y en sus principales obras, y no solo fundado en las citas apócrifas á que se refiere el escritor francés, sino en textos evangélicos, en fundamentos racionales y científicos y en deducciones lógicas del principio de unidad. En Melchor Cano hace admirar la casi profética perspicacia, con que previó que el primer concilio general no podria menos de condenar cualquier proposicion que supusiera defectible en materias de fé la silla apostólica; y se vale de sus contundentes argumentos para refutar la arbitraria distincion establecida en este punto por monseñor Maret entre los papas y el papado, entre la persona y la institucion, afirmando que puede errar el uno, pero no la serie de ellos. Distincion inadmisibile en buena lógica, contraria á las promesas absolutas hechas á S. Pedro por el Salvador, á la práctica de la Iglesia y á la doctrina de los Padres, y calificada ya por el mismo Cano de mas compatible con la buena fé que con el buen talento.

Pero con el ardor de la polémica no se juzga dispensado el P. Gonzalez de la urbanidad ni del decoro, ni aun de llamar *ilustres, hombres de verdadera ciencia, talentos superiores*, á sus adversarios á pesar de las contradicciones en que les sorprende. No dije yo tanto en ocasion reciente respecto de estos ó de otros miembros del concilio, y bastó para escitar contra mis principios y sentimientos sospechas que gracias al cielo quedaron desvanecidas. Prueba de la deplorable efervescencia que precedió á la definición, y que esta ha venido á sosegar, reuniendo en una comun creencia las opiniones de todos los verdaderos católicos. Sin embargo el sabio dominico no ha creído inoportuno, á pesar de tratarse de cosa ya pasada, el hacerse cargo de las injusticias y excesos por uno y otro lado cometidos, y de reprenderlos y estigmatizarlos con las siguientes frases:

«Como no podia menos de suceder, la verdad ha triunfado de todas las oposiciones que contra ella se levantaron; y ha triunfado no solo de las oposiciones injustificables y anticristianas por la forma y por el fondo de los pensamientos, sino tambien de las oposiciones razonables y dignas de respeto por sus intenciones y por la forma en que se han mani-



festado. Porque es preciso no confundir la voz del ilustre Dupanloup y de los que con él opinaban contra la oportunidad de esta definición, apoyados en motivos y razones mas ó menos convincentes, pero siempre respetables por la buena intencion que entrañaban, con la voz de Gratry, Dællinger y de todos aquellos, que dirigiendo sus tiros contra la infalibilidad misma, han empleado al hacerlo un lenguaje demasiado atrevido en el fondo y en la forma, sentando á la vez proposiciones exageradas é impropias de escritores católicos, tratándose de una verdad próxima á definirse en un concilio ecuménico.

«Ni se crea por eso que aprobamos el proceder ni el lenguaje de ciertos escritores católicos, y especialmente de ciertos periodistas, que constituyéndose á sí mismos y arrogándose el derecho y nombre de representantes genuinos y poco menos que exclusivos del catolicismo, manosean y prejuzgan las cuestiones de una manera no siempre conveniente. Hacer descender al terreno resbaladizo y candente de la arena periodística la cuestion de la infalibilidad pontificia; hablar de su definicion conciliar por *aclamacion* antes que los obispos se hallasen reunidos al lado del sumo pontífice; zaherir é improperar á adversarios respetables y eminentes como hombres de ciencia y como hombres de fé; prestarse con facilidad y hasta con cierta especie de fruicion á publicar opiniones, deseos y palabras, que no sin alguna razon se han calificado gráficamente de *letanias de injurias*; sacar á plaza defectos personales y privados de escritores insignes, sin mas objeto que rebajar su prestigio y autoridad; estas y otras cosas análogas, que por desgracia venimos observando en algunos de los periodistas aludidos, son á nuestro juicio censurables por mas de un concepto, y nos parecen ajenas de aquella sobriedad de que debieran dar ejemplo esos escritores y periodistas, que pretenden pasar por los representantes verdaderos y casi únicos de la doctrina católica. El sabio é ilustre obispo de Orleans habia citado en apoyo de algunas de sus ideas y observaciones algunos pasajes de Melchor Cano, porque este escritor, aunque partidario acérrimo y decidido de la infalibilidad pontificia, no por eso aprobaba las exageraciones de ciertos teólogos sobre la materia. Pues bien: para refutar al ilustre obispo de Orleans y desembarazarse de la autoridad de Melchor Cano, el *Univers* no encontró camino mas espedito ni medio mas digno que publicar dos artículos incalificables del abate J. Morel, en los cuales insulta groseramente, no solo la memoria de Melchor Cano,

sino la de algunos otros respetables sugetos contemporáneos de aquel, alegando al efecto hechos mas ó menos inciertos, inexactos y exagerados, á la vez que anécdotas despreciables.

«Pero concedamos que esos datos fueran ciertos y en armonía con la mas severa crítica histórica, cosa de la cual distan mucho á la verdad; ¿qué derecho asiste al abate Morel ni al *Univers* para sacar á plaza esos defectos, esas anécdotas escandalosas? ¿Qué necesidad habia de arrojar sobre la frente de Melchor Cano la injuria y la calumnia? porque calumnia es, á no dudarlo, presentar al teólogo español como amigo de los cismáticos, como perseguidor implacable de Carranza y autor principal de su desgracia, y como un intrigante miserable, como lo presenta el abate Morel. Y repitémoslo otra vez; aun en la hipótesis inadmisibile de que Melchor Cano hubiera sido como se complace en pintarle Morel, ¿seria por eso menos cierto que hubiera escrito las palabras citadas por el sabio obispo de Orleans? ¿Seria por eso menos cierto que esas palabras espresaban la opinion y el juicio de un teólogo de primer orden, de un hombre tan respetable por su profundo saber como por sus sentimientos católicos? ¿Seria por eso menos cierto que su obra *De Locis Theologicis*, de la cual están tomadas aquellas palabras, es uno de los monumentos mas bellos y mas justamente admirados de la teología católica? ¿Seria por eso menos cierto que las opiniones y la doctrina del dominicano español han sido y serán siempre de gran peso y autoridad entre los teólogos católicos? Es bien extraño por otra parte, que tanto el *Univers* como el abate Morel no cayeran en la cuenta de que al rebajar y desautorizar, si fuera posible por tales medios, á Melchor Cano, se herian á sí mismos, desautorizando la palabra de un hombre que defendiera la infalibilidad del papa, no con la exageracion y poca dignidad en los medios con que vienen haciéndolo el abate Morel y con alguna frecuencia el *Univers*, pero sí con mayor sobriedad y tambien con ciencia teológica mas sólida y profunda.»

No iba pues tan descaminado el director de la UNIDAD cuando en sus artículos *Controversias prematuras*, *Dentro y fuera del concilio*, y en otros á cada paso deploraba, aunque con menos vigor y elocuencia que el autor citado, las exageraciones y destemplanzas de la prensa, aun de la que mas se precia de católica, y se permitia estar á veces en discrepancia con el tono y las apreciaciones de alguno de sus oráculos. A pesar del lenguaje dominante, sin escepcion apenas en los periódicos que no siempre represen-



tan la opinion general y raras veces la sensata, ya sabia que no estaba solo y que pisaba en terreno firme; pero ha sido para mí de gran consuelo el hallarme con tan buena y autorizada compañía. Continúa el P. Gonzalez discurrendo sobre la manera como vino la cuestion al concilio, reconociendo el *mal* que pudieron causar las imprudencias de los hombres, si no las hubiese convertido en *bien* la divina providencia:

«San Agustin habia escrito que la omnipotencia y misericordia de Dios son tan admirables, que al permitir el mal lo hace sacando el bien del mal.

«Así puede decirse que ha sucedido con la cuestion relativa á la infalibilidad pontificia. El programa de materias señaladas al concilio en la bulá de convocacion, no hacia mencion determinada de semejante doctrina: ni en las escuelas ni en los libros se agitaba con calor especial esta controversia; parecia natural que el concilio, ó prescindiera de ella dejándola *in statu quo*, ó por lo menos que se reservara á su iniciativa el plantear la cuestion y discutir la necesidad, conveniencia, utilidad y oportunidad de una definicion dogmática sobre la materia. Y sin embargo, no sucedió así: suscitada la cuestion por hombres de un celo mas exagerado que discreto, y traída por los mismos al terreno inconveniente de la arena periodística, tomó repentinamente proporciones gigantescas y peligrosas, convirtiéndose en objeto de discusiones y disputas violentas, apasionadas é irritantes, que segun la enérgica expresion del obispo de Orleans, «turban profundamente las almas y encienden en la Iglesia un fuego que pudiera convertirse en espantable incendio.

«Ya dejamos indicado suficientemente que no aprobamos ni podemos aprobar la conducta de esos hombres sin mision y sin competencia legal, que no contentos con suscitar una controversia formidable y peligrosa por mas de un concepto, han llevado á su discusion un lenguaje nada conciliador ni cristiano y por demás irritante. Empero la providencia divina, que segun el profundo pensamiento de san Agustin arriba indicado, se complace en sacar el bien del mal, se sirvió tal vez del celo imprudente y exagerado de los hombres para hacer la obra de Dios. Una vez suscitada la controversia, y conmovidas ardientemente las almas cristianas en torno de ella, era ya preciso en cierto modo terminarla de una manera capaz de poner término á las dudas, vacilaciones, ansiedades é inquietudes de las conciencias cristianas. Lo que antes parecia innecesario, ó cuando menos inoportuno, considerado en el terreno pu-

ramente humano, pasó á ser necesario y oportuno por la fuerza de las circunstancias, de la naturaleza, estension y efectos de la controversia suscitada. En este sentido la definicion dogmática de la infalibilidad pontificia puede apellidarse con fundamento definicion necesaria con necesidad relativa aun en el órden puramente humano, y prescindiendo de los fines superiores de la providencia divina y de la accion invisible, pero innegable para todo católico, del Espíritu Santo.»

Y cuenta que quien así escribe nada tiene de galicano, nada tampoco de católico liberal. Repúgnale esa *Declaracion* infausta de 1682 «merced á la cual la iglesia de Francia cayó postrada á los piés de una monarquía tan corrompida como despótica, y entró en el camino de la postracion y del envilecimiento durante la Regencia;» ese malhadado sistema político-religioso, convertido en escudo del jansenismo para propagarse y reproducirse, en tronco del febronianismo en Alemania, del josefismo en Austria y de todas las teorías de resistencia contra la santa sede, en arma constante del cesarismo para absorber la jurisdiccion espiritual. Ni merecemos las simpatías del P. Gonzalez «la naturaleza de las tendencias de la escuela católico-liberal, su oposicion y disidencia con ciertas doctrinas y prácticas de la Iglesia romana en el órden político y religioso, la habilidad que pudiéramos llamar jansenística con que ha procurado eludir ó desvirtuar las encíclicas doctrinales y la importancia de sus decisiones, y mas que todo las dudas, ansiedad y perturbaciones profundas que á su sombra han venido desarrollándose entre los católicos, y que tan conveniente y aun necesaria han hecho la definicion de que se trata.» Verdad es que en otro pasaje no rehuye hacer justicia al *reconocido celo y buenas intenciones* de los que dicha escuela fundaron.

De la otra prensa enemiga declarada de la Iglesia se ocupa poco, pero lo bastante para darle su merecido:

«Cosa singular! mientras que los sabios y la prensa estrangera colmaban de elogios al episcopado español, y rendian tributo de admiracion á sus virtudes y su saber, una parte no escasa de la prensa periódica de España, dando pruebas de un *patriotismo verdaderamente liberal*, se ensañaba contra los obispos españoles, negándoles estupidamente las altas cualidades y profunda ciencia que les concedian los estrangeros... Por nuestra parte debemos confesar que esta conducta nada extraño contiene



para nosotros; porque sabemos que los que zahieren y calumnian á los obispos españoles, son los mismos que despues de haber sumido á la España en la miseria y en la anarquía, despues de haberla envilecido á los ojos de las naciones, despues de hacerla el ludibrio y escarnio de los demás pueblos, despues de haberla convertido en fin en un reinado del bajo imperio, claman contra el oscurantismo de Felipe II y de su siglo, y á fuer de amantes *liberales* de las glorias nacionales, ó sea de patriotas, se sirven de las frases que halláran en historias inglesas y protestantes para maldecir al gran rey que hacia temblar la Europa al nombre de España, que gastaba sumas inmensas en adquirir libros y códices para la biblioteca del Escorial, y que enviaba á Amberes á Arias Montano para dirigir la edicion de la poliglota régia. En cambio los censores de aquel rey y de su siglo nos dán ediciones económicas de Renan y de Víctor Hugo; y los políticos de nuestros dias, sin duda para que no se diga que imitan al tirano y oscurantista Felipe II, gastan grandes sumas en banquetes, eacerías y festines, convierten en escombros el artístico y monumental convento de Santo Domingo el Real, y envian á Sanz del Rio á la pensadora Alemania para que nos traiga en los pliegues de su toga universitaria el caduco y desacreditado panteismo krausista.»

El P. Ceferino Gonzalez en resúmen no es hombre de partido ni de escuela, ó almenos renuncia á la voga y popularidad que tales recursos proporcionan. Tanto mejor para su legítima celebridad. Su folleto ha sido bien acogido á pesar de sus censuras á los periódicos, las que unos han devorado en silencio y otros presentando excusas, señal inequívoca de que el daño se reconoce y de que las ideas se rectifican. Mucho puede la imparcialidad y la elevacion de talento, cuyo primer distintivo suele ser la templanza.

J. M. Q.

### MEDITACIÓ.

*In spem contra spem.*

¡Fins quant, Senyor, del home la follia  
Rabiosa s' tornarà contra son Deu,  
Y expremet ab l'ergull sa fantasia,  
Contraposar voldrà son nom al teu!

¡Fins quant sa curta vista, enlluernada  
Dels llampechs mundanals al resplandor,  
Se tancarà devant de la estrellada  
Y s'cegarà del sol á la claror!

L'escuma surt del riu, del foch l'espurna,  
Al fret se deu lo glas, la pols al vent...

¿Y del no-res com illusió nocturna  
Nascut haurà tant sols lo pensament?

¿Eixa guspira que mon pit inflama,  
Eixa alenada que sommou mon cor,  
Eix ressó que m' diu sempre «espera y ama,»  
Del abisme han sortit de la buydor?

Bressol ahont s' adormen nostres penes,  
Esperansa ¿ets no mes una illusió?  
¿Amor, que goix abocas á mans plenes,  
Ets mentida també, també ficció?

¿No cal ja mes cercar sabiduria,  
Ni puresa, ni bé, ni veritat?  
¿Tot quant l'ánima vol es hojeria,  
L'escepticisme sols es realitat?

Axí en la fraticida, fera guerra,  
Qu'entre l'cos s'ha mogut y l'esperit,  
Fermada la rahó al llim de la terra,  
Combatre per la carn es son delit.

Y apagant del amor la viva flama,  
De la fé y l'esperansa romp l'escut...  
Sols la conciencia, que tothora clama,  
De genolls á sos peus no s'ha retut.

Y axis les flors de l'ánima esfullantne,  
Del cel hi vá esborrant l'anyorament,  
Ab lo dubte la ciencia amortallantne,  
Y aufegant dins del cor lo sentiment.

Y axis cayentne ván totes les fulles,  
Morta la pensa y l'cor empedrehit,  
Restantne del vil fanch tristes despulles,  
Un cadavre en lo front, un roch al pit!

¡Ah, no vullas, Senyor, que may ne sia  
A tos raigs amorosos mon cor dú!  
Envia 'm, si l'error l'enterbolía,  
Tendre punyida que m' retorni á Tú!

Ja lo sento en lo fons de mes entranyes,  
«Espera y ama» sento que m' vé á dí...  
¡Penetra, suau fibló que al cor no enganyes,  
Y ab ta virtut la fé renova en mí!

¡Oh, fereix, sí, fereix, dolsa punyida!  
¡Esperansa y amor mon cor ompliu!  
¡Teu es, Senyor, l'alé que m' dona vida:  
L'enteniment ho trova, l'cor m' ho diu!

*Diada de l'Encarnació del Senyor, 1870.*

SILVINO THOS Y CODINA.



## CRÓNICA.

Escriben desde Roma al *Univers*:

El Sr. Ponza di San Martino antes de presentarse en el Vaticano fué á la casa de los jesuitas (al *Gesú*) donde reside habitualmente su venerable hermano el padre Ponza. Pero el padre Ponza no estaba, y fué el mismo general de la Compañía el que recibió al enviado revolucionario dignándose conferenciar con él algun tiempo. Que el eminente y santo religioso tratara de indicarle los peligros de una proposición tan criminal, está en la naturaleza misma de las cosas y de las situaciones.

Mas tarde el Sr. Ponza se presentó en casa del cardenal Antonelli que le prometió presentarle al papa hoy. A la hora en que escribo el malhadado mensaje se encuentra ante el vicario de Jesucristo.

No sé nada de lo que el eminente secretario de estado ha respondido al mensajero, nada de lo que le ha dicho el papa; pero sé, y Vds. lo saben tambien, que no oirá mas que palabras ya repetidas otras veces: *Non possumus*.

En cuanto á las noticias que corren ya sobre el resultado de esta negociacion son muy variadas, se resienten de la pasion de los que las dan y no merecen ser trasmitidas.

«Ayer por la tarde, 9 de setiembre, antes del anocheecer, Pio IX bajó á San Pedro, solo custodiado por cuatro suizos. Al verle corrieron á su encuentro los sacerdotes y fieles que allí se encontraban. El pontifice se arrodilló ante el santísimo Sacramento, permaneciendo en oracion largo rato, los ojos fijos en el altar y las manos estendidas hácia el cielo. Luego dispuso se le abriera la capilla de la santísima Virgen, cerrada á causa del cerco del concilio, y viéndose rodeado de fieles entonó las letanías, que fueron piadosamente contestadas.

Levantóse despues y pasó á tocar el pié de bronce de la imágen de san Pedro con la blanca cabellera de su cabeza; besóselo con efusion, y trasladóse ante los sepulcros de los apóstoles, donde leyó el himno de Urbano VIII: *Ante oculos tuos, Domine*.

Dícese que pronunció con conmovido acento estas palabras: *Gregem tuum, Pastor aeternae, non deseras*, á las que los sacerdotes contestaron: *Sed per beatos apostolos tuos perpetua defensione custodias*; y el papa prosiguió: *Protege, Domine, populum tuum ad te clamantem, et apostolorum tuorum patrocinio confidentem*; y los asistentes repitieron: *Perpetua defensione custodias*.

Qué hermosas son estas palabras y las de la oracion en que el sucesor del príncipe de los apóstoles refiere la vision de san Juan Crisóstomo que oyó á Cristo hablar á Pedro y á Pablo:

«Rodead la nueva Sion y fortificad sus contornos: es decir, sed sus guardianes, preservadla, asegurala con vuestras preces á fin de que, si llego á montar en cólera y castigo á toda la tierra, mi mirada se pare en vuestro sepulcro que no debe jamás ser abandonado, y en las señales que llevais por mi causa.»

*Le Monde* publica la siguiente carta de Florencia del 10, que aclara lo que está sucediendo en los Estados-Pontificios:

«Se ha decidido resolver la cuestion de Roma por la violencia, única manera conforme con el ministerio italiano y con el reino que representa. No se cumplirán sin embargo sus planes mas que hasta el punto que plazca á la Providencia permitirlo.

Las fuerzas que se han amontonado en la frontera son mas que suficientes, humanamente hablando, para aplastar todo el ejército pontificio. A estas horas deben estar á las órdenes del general Cadorna lo menos 60,000 hombres, sin contar el cuerpo de reserva á las órdenes del general Bixio. Al contrario de lo que al principio se pensaba, se espera resistencia bajo los muros de Roma.

El Sr. Ponza di San Martino, enviado oficioso de nuestro gobierno cerca del papa, ha hecho, segun parece, que se

disipen todas las ilusiones por un telegrama llegado esta tarde. El papa no responderá á la carta autógrafa de Víctor Manuel y sobre todo no se adherirá á los proyectos de arreglo que contiene.

El movimiento de invasion del general Cadorna debe empezar esta noche. Los empleados de correos y telégrafos destinados á seguir al ejército salieron ayer de Florencia. Los corresponsales de los principales periódicos iban en el mismo tren. Se cree que los destacamentos del ejército pontificio que estaban diseminados por la frontera, se han replegado ya sobre Roma y Civitavecchia.

¡Y los habitantes de las provincias pontificias y de la ciudad eterna no se sublevan!—Lejos de eso, el 8 del actual el papa ha sido objeto de una espontánea demostracion de entusiasmo por parte del pueblo romano, que hacia llorar á todos los que la presenciaban.

Se trabaja sin tregua para organizar siquiera un pequeño tumulto al otro lado de la frontera. Se han juntado un centenar de emigrados y se les ha puesto al frente de doscientos bribones para ir á alborotar la provincia de Viterbo, bien provistos de banderas tricolores, himnos nacionales, retratos del rey, y sobre todo de dinero. Pero no vienen noticias. Los periódicos revolucionarios repiten hace tres dias que la agitacion reina en la provincia de Viterbo, pero no tienen ningun hecho en que apoyarse.

Todos los que han visto al papa estos últimos dias dicen unánimemente que jamás se ha mostrado mas seguro del porvenir; gime y llora sobre la suerte de sus enemigos, pero no tiene alarma alguna ni por su persona ni por la ciudad de Roma. Sabe que cuando los hombres parece que se ponen de acuerdo para abandonar la Iglesia, Dios se encarga de protegerla. Las poblaciones romanas comparten la confianza de su señor y padre.

Una venerable persona de Roma escribia ayer á un amigo, que me ha enseñado la carta llegada esta mañana: «Aquí no tememos nada.»

Estamos rodeados de milagros que son tanto mas maravillosos cuanto que casi nadie los considera como tales. Pero Pio IX los vé y los considera como otras tantas prendas de que la Providencia está decidida á intervenir en favor de su Iglesia, precisamente en el momento en que todas las potencias parecen decididas á no intervenir.»

El atentado de la revolucion italiana contra Roma se ha consumado. Los sicarios de la violencia y de la usurpacion huellan el sagrado suelo que guarda el sepulcro de los apóstoles. El santo pontifice ha querido evitar á la ciudad los horrores del bombardeo, y del contexto de los telegramas se deduce que solo á manera de protesta han hecho alguna resistencia las tropas pontificias. El papa hasta ahora permanece en Roma, y de Florencia dicen que el castillo de Sant Angelo no ha sido tomado por los soldados de Víctor Manuel.

Telégramas de Florencia y Roma del 20 por la tarde anuncian que las tropas italianas han entrado en Roma despues de cuatro horas de combate con las tropas pontificias, las cuales por orden del papa cesaron el fuego y enarbolaron bandera blanca.

Ocupan á Roma cuatro brigadas italianas. Se han otorgado á los prisioneros los honores de guerra. Los estragos han sido pocos. El cuerpo diplomático influyó en que se ajustara una capitulacion honrosa.

Mil y cien prisioneros pontificios han llegado á Liorna: los italianos van á Alejandria; los extranjeros quedarán en Liorna hasta ponerse de acuerdo con los respectivos gobiernos para mandarlos á su pais segun sus circunstancias; entre ellos hay 10 españoles.